



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 3

CB 117 PASTORAL Y PEDAGOGÍA BÍBLICA

Casalis, George. "Jesús: ni vencido, ni monarca celestial". En *Jesús: ni vencido, ni monarca celestial: imágenes de Jesucristo en América Latina*, editado por José Míguez Bonino, 119-125. Buenos Aires: Tierra Nueva, 1977.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

JESUS: NI VENCIDO NI MONARCA CELESTIAL

Georges Casalis

J

En todas las iglesias, prédicas y catecismos de América Latina se encuentran, salvo pocas excepciones, dos imágenes: la de Cristo y la de la Virgen, inseparable de él. Esto ocurre al menos en el seno del catolicismo, que reagrupa el 93 % de los hombres de ese continente. Los protestantes, numerosos en el Río de la Plata, en Chile, en Brasil, en México y en Cuba, no tienen evidentes ni imágenes ni estatuas, pero sus representaciones ideales corresponden exactamente a las de los católicos, "más o menos al estilo de la Virgen", ¡por supuesto!

Un olor a muerte

Primera imagen: *la del Cristo sufriente*, la del Jesús vencido. Las más de las veces aparece como un moribundo, con los ojos en blanco, el rostro contra el suelo, con todo el cuerpo destrozado por los golpes de sus torturadores. Todas estas representaciones ejercen una fascinación mórbida: exhalan un olor a muerte. La Virgen, que no se encuentra lejos de allí, es una mujer muchas veces de tamaño natural, vestida de violeta, con el pecho atravesado por una espada inmensa, cuya punta sale por la espalda de esta madre desesperada.

"El señor abatido", tal es el nombre de este Cristo y en Monserrat cerca de Bogotá, en la cumbre de un acantilado que

domina al pueblo hay un santuario que le es consagrado: debajo del altar mayor, parecido al mausoleo de Lenin en la Plaza Roja, se ve un sepulcro de vidrio, y uno se encuentra repentinamente frente al rostro exangüe del Jesús vencido.

Cuando el pueblo reza delante de estas imágenes o las venera, cuando ellas se graban en su espíritu a lo largo de toda una vida <le pedagogía sometida y de práctica pasiva, está claro que encuentra ahí su propio destino lo acepta copia entificación masoquista. Este Jesús abatido no es, en efecto, ñas que la representación del indio vencido, de ese pobre de V todos los pueblos en los que, desde Cortés, nada ha cambiado; es el miserable de los inmensos barrios bajos de todas las grandes ciudades, donde el estado subhuma no sobrepasa el entendimiento y las palabras, pero que de lejos, aparece como puerto de salvación para todos los explotados y hambrientos del campo.

Todos encuentran una razón para resignarse a su suerte, y para aceptar su destino de pueblo vencido y abatido. La esencia de semejante religión es la pasividad ante la desgracia y el mal; la atación de la vida tal como se da.

V La producción y la difusión de tales representaciones e imágenes corresponde al interés mismo del poder: si los jefes de la religión y de la política los han vestido y les permitieron subsistir, es porque esperan que el pueblo comprenda bien la bondad de sus actos, el verdadero sentido de la vida. . .

Y si, al lado del hombre abatido, la Virgen de los dolores ofrece a las miradas de la muchedumbre su pecho traspasado, es porque personifica a todas esas mujeres prematuramente envejecidas por las lágrimas que deben verter por sus maridos y sus hijos, y por ellas mismas también, ya que las luchas por la liberación cuestan caras, muy caras. En México, en septiembre, hubo mismo siempre disturbios entre los campesinos y recientemente en la región de Veracruz. El gobierno federal formado luego de decenios por el "Partido Revolucionario Institucional", envió las tropas que dispararon sobre los doscientos manifestantes reunidos en asamblea. La vida, sobre todo la del opositor. no

- pesa demasiado; el que no muere lentamente de hambre, recibe plomo en su cuerpo. Es por esto que las mujeres lloran y sufren con la Virgen de los dolores.

f La ira de un dios sediento de venganza

¿Cuál es nuestra cristología? ¿Una doctrina y un mensaje del sufrimiento del hombre vencido o la reflexión y el anuncio liberador del combatiente solidario de aquellos a quienes él quiere abrir un futuro?

El sufrimiento de Jesús tiene un valor en sí? ¿Podemos seguir representando su cristianismo "dolorista", para el cual la cruz cualesquiera que sean sus consecuencias, es un fracaso que hay que reparar, o un misterio mágico-masoquista, en el cual, la efusión de sangre inocente provoca la cólera de un dios sediento de venganza?

¿No es la cruz, por el contrario, una victoria, ya que es el punto culminante de la auténtica solidaridad? El que muere en ella no está resignado a un destino ciego. Con una total ausencia de consideraciones por sí mismo, ¿no ha cambiado hasta el final para librar a todos los hombres de sus alienaciones internas y externas y ha dado su vida para hacernos vivir? Además está claro que sólo puede hacer vivir aquél que no guarda su vida para sí, sino que la da libremente a los otros y por amor a ellos. La cruz es una victoria porque ha abierto para siempre una brecha en la prisión de la voluntad egoísta de poder.

En las mismas iglesias se encuentran igualmente -cierto que en menor cantidad, pues se ama la sangre y la muerte, desgraciadamente- *las imágenes de Cristo y de la Virgen glorificadas*. Después de lo que se acaba de decir no es extraño o ver que llevan todos los rasgos y las insignias de los reyes católicos españoles. El Cristo es representado como un celestial Fernando de Aragón, y María, como una eterna Isabel de Castilla. Sus vestimentas recargadas, el oro de sus coronas y de sus joyas, manifiestan su poder. Y el poder terrestre que, desde hace siglos en América Latina y en otras partes, organiza la muerte de los indios y el sometimiento de los pueblos, la explotación creciente de los

pobres por los ricos, ise lo ve de repente transportado al cielo! Así transpuesto y fundado, recibe de arriba la legitimación y su última consagración.

Cristo, un Fernando celestial

Si Cristo es un Fernando celestial, el Fernando terreno es en lo sucesivo el auténtico lugarteniente real de su eterno garante. Y, de esta manera, el que reza delante de estas imágenes o las venera, honra y acepta al mismo tiempo el poder de los representantes terrenales de los seres glorificados.

Es por lo tanto evidente que los poderosos de este siglo tienen gran interés en que el pueblo venere y ame sus representaciones celestiales. Con el culto al Cristo celestial, el poder político, pedagógico, religioso . . . cualesquiera que sean los nombres y características, se consolida y se pone a salvo de cualquier atentado; se sacraliza para siempre y se afianza sobre su trono, sus sillones y capiteles: ¿su dimensión internacional no es la prueba misma de su eternidad?

Así como el Cristo de la Pasión se convirtió en símbolo de la derrota secular de los pueblos, el Cristo glorificado es rebajado al rango de ministro de propaganda de los gobiernos autoritarios y torturadores.

Que yo no exagero nada, el hecho siguiente lo prueba: en Santa Fe en Nuevo México (USA) hay una famosa estatua de la Virgen. ¡Lleva el nombre encantador y significativo de "la Conquistadora"! He ahí a la Reina del Cielo que sirvió de escolta a Cortés. Acompañado de ella vino de España en nombre de Dios, a fin de conquistar México, y accesoriamente ordena el más grande baño de sangre de la historia americana. Esto es además, tanto más trágico cuanto parece que, inspirados en su mitología, los indios esperaban ver un día desembarcar en las riberas orientales de sus países a los dioses blancos portadores de la vida eterna. Bajo la bandera de la diosa blanca, los conquistadores cristianos invadieron todo y los indios aterrorizados aprendieron a conocer los métodos por los cuales los imperios

Europeos se extendieron al infinito. Una vez más, pocas cosas han cambiado desde entonces. A fines de agosto, en Colombia, tuvo lugar un proceso en el curso del cual fueron juzgados muchos asesinos de indios. Los autores de estos crímenes todos pequeños agricultores blancos y cristianos, cuyo móviles eran la expansión de territorios, declararon unánimemente, y según parece, con absoluta sinceridad: *"No sabíamos que matar un indio era un crimen"*. Fueron acusados, pero el proceso se cortó, y debe recomenzar en otro lugar...

En resumen, en el Museo de Santa Fe, hay una reproducción de "la Conquistadora" y, mirándola, repentinamente recibí un "shock": la imagen tenía un ojo estropeado. Esto me produjo un repentino estallido de alegría: un indio había pasado por allí y consciente de que esa imagen era la misma que la de la opresión y la muerte de sus hermanos, había querido hacer algo para vengar -a su pueblo.

Estamos hablando del Cristo glorificado como de un monarca celestial, transportando a la eternidad todos los rasgos de los reyes terrenos, como justificación inmutable de la angustia secular de los pueblos, imagen auténtica de todos los aplastamientos por los poderes paternalistas, sagrados e implacables? ¿Es que Pascua significa que, en definitiva, existe tanto un cielo como una tierra, donde los opresores son llamados benefactores (Lucas 22.25)? ¿Qué consecuencia hay que sacar del hecho de que el Resucitado *"despoja a las autoridades y poderes y los libra públicamente como espectáculo, los arrastra en el cortejo triunfal de la cruz"* (Col. 2.15)? ¿No significa esto que los desenmascara y denuncia junto con esas estructuras y esos hombres que se vuelven para ellos mismos su propio fin, no aportando a los hombres más que esclavitud y muerte en vez de justicia y libertad? Pascua, por lo tanto, puede significar, de ahora en adelante, que él ha dejado caer todos los rasgos del abatimiento, para ser recuperado por los poderosos, que no esperan más que servirse de él, así como recuperan y explotan todo. Tendríamos así un Cristo disminuido, rendido inofensivo o más bien cómplice

de todos los golpes contra el hombre del que el mundo, día a día, es un sangriento teatro.

Pero no; Pascua significa que el mundo ha pasado al fin, de la servidumbre del poder a la libertad del servicio. Más concretamente, que sólo aquéllos que sin pretender ninguna ventaja personal, siguen al Cristo combatiente de la libertad, hacen la historia y preparan el futuro. Si Cristo es entronizado como emperador celestial, ya no hay sobre la tierra la más mínima partícula de esperanza. Pero su servicio es la victoria que triunfa sobre el mundo, porque es fuente inagotable de todas las liberaciones interiores y exteriores. *¡Pascua no es la victoria sobre la cruz, sino la victoria de la cruz!*

Hago aquí una pregunta radical: si la iglesia primitiva no ha cometido un error fundamental formulando la confesión "*Kyrios ¹ Jesús*" (Jesús es el Señor). Kyrios era, como se sabe, un título imperial (en la biblia griega es también la traducción del nombre hebreo de Dios, pero no podemos detenernos en esto aquí). El emperador ya era, mientras vivía, una persona, si no divina, por lo menos divinizada, de suerte que la obediencia política recibía una motivación religiosa. Ahora bien, he aquí que los cristianos comienzan a decir, con razón, que el Kyrios no es el César, sino Jesús. Entonces no podemos escapar a la pregunta: ¿esto significa una desmitologización del Emperador o la ideologización de Jesús, o ambas cosas? ¿Podemos evitar, mediante el empleo de un título tan denso como el de "Señor", que éste pueda volverse inofensivo, o por el contrario, que comprometa gravemente al que lo lleva? En todo caso, tal parece haber sido el proceso por el cual se hizo de Jesús, que es servidor victorioso, un emperador celestial, lo cual significa exactamente lo contrario.

Ha llegado ya el tiempo de comprometerse en la perspectiva de una cristología del servidor sufriente, porque combatiente. Pero está claro que esto pondría nuevamente en cuestión, de manera radical, todas las estructuras mentales e institucionales del cristianismo histórico. Semejante reflexión, concretamente, no puede sino conducir a una ruptura con todos los concubinatos

constantinianos, en los cuales se han instalado las iglesias en el curso de los siglos.

La religión ideologizada es la traición a la humanidad. El "*Cristianismo arreligioso*", del que habla Bonhoeffer, es una aventura personal y comunitaria de fe vivida en la solidaridad con los pobres.